



Quienes llegamos a la UPCH allá por los años finales de los setenta, teníamos pocas cosas en claro, aparte de una: nos esperarían dos duros años de Estudios Generales, en los que nuestra capacidad para las ciencias sería puesta a prueba sin misericordia. Entonces estudiábamos todos juntos, esto es, quienes se dedicarían a la medicina y quienes seguirían carreras científicas, unidos en el mismo vía crucis de las matemáticas, las físicas, las biología o las químicas. Lo que quizá muchos no sospechaban, el que escribe entre ellos, es que el programa de estudios incluía varios cursos cuya presencia recibí como una agradable sorpresa, como tres cursos de contenido sociológico, uno de introducción a la filosofía, y, quizá el más inesperado, el curso de lengua y literatura que daba don Luis León Herrera, recientemente fallecido.

Encontrar a este peculiar profesor en medio de estudiantes de ciencias significó muchas cosas, pero sobre todo la constatación tangible y pintoresca de una concepción de la universidad entonces aún muy presente, pero ahora en vías de desaparición. Y significó también comprobar que el tiempo, como la memoria, es fragmentario y caprichoso, y es dado a los anacronismos y a las recreaciones. Don Luis León Herrera causó el mismo efecto en mí que debió causar el descubrimiento de un Celacanto aún vivo en las aguas de la costa oriental de Sudáfrica, o lo que experimentará el visitante de países como Bhután: el asombro que produce un retorno al pasado, el grato azoramiento de la persistencia viva de imágenes ideales que uno creía perdidas. Don Luis León Herrera me pareció un caballero español con algo de dandy inglés, superviviente de una época que no era precisamente el pasado, sino una representación semi-ficticia o ideal del mismo. No precisamente un atavismo, pues don Lucho estaba claramente instalado en el presente, pero instalado de una manera peculiar, que hacía homenaje a un universo axiológico de un tiempo más atento al honor y las virtudes que a presupuestos o modas. Todo esto no era explícito, por supuesto, sino una sugerencia de su apariencia y comportamiento, el cual proclamaba

una elección consciente, no una mera remanencia. En un tiempo obsesionado por el cambio revolucionario y la actualización del futuro, su elección era casi una rebeldía, un acto de afirmación y crítica. Pero también una extravagancia irónica, emprendida con el buen humor con que va uno a una fiesta o una tertulia. Pues nada en su persona, como pudimos comprobar más tarde, indicaba resentimiento o desafección, antes bien al contrario, el deseo de traer a este mundo de amarga seriedad e impaciencias varias, la ligereza de la imaginación y el gozo del juego.

Su estilo docente, como recordarán quienes le conocieron, era cualquier cosa menos convencional. Quizá ejercía de otro modo en contextos diferentes y hubiera sido distinto en una Facultad de Literatura o de Filosofía, pero con nosotros, acaso por encontrarse entre científicos, parecía menos preocupado en transmitirnos un conocimiento estructurado de su tema que su genuino entusiasmo por la literatura y por los autores que traía a nuestra atención. Al hablarnos de Borges, o de Kafka, o de Cortázar, con su voz atropellada y exultante, jamás dejaba de sonreír, de transmitirnos su gozo de lector, el jubiloso asombro que seguía produciéndole aquel hombre que se despertaba convertido en insecto, o aquel espejo que incitaba una búsqueda que acaba en el descubrimiento de un universo ficticio y una secta de sabios, o aquellos contenidos estomacales caminando por el mundo, toda otra corporalidad tornada invisible por magia de la imaginación. Recuerdo con claridad, a pesar de los años, que no podía despegarme de sus labios, que las horas de clase volaban sin que me diera cuenta, que tras escucharlo lo único que quería era correr a buscar los libros de los que había hablado e incluso intentar escribir alguna página propia, pues a esto nos incitaba don Lucho, a amar la literatura sin temores, por el solo placer que nos procuraba y por la gracia liberadora que conceden la fantasía y la creatividad. Y todo esto como parte de estudios de ciencias, por las que él parecía tener absoluto respeto, pero a las que, me imagino, estimaba insuficientes para cultivar aquello que se ha dado en llamar el espíritu humano.

Pues, como apunté más arriba, su presencia en nuestro currículum de estudios suponía una concepción de la universidad que ha cedido terreno, por razones comprensibles, aunque no siempre defendibles, a una noción más utilitarista del lugar de las universidades en la sociedad. La UPCH, sin embargo, fue fundada con una motivación humanista y científica que a la vez que pretendía encarrilar los estudios por el seguro camino de las ciencias y la profesionalización, no quería descuidar aquella vieja función universitaria de crear ciudadanos, no sólo profesionales o técnicos, cuya contribución a la sociedad sería también propia de un orden más bien intangible asociado a los valores del espíritu. *Spiritus ubi vult spirat*, sigue rezando la enseña del escudo de la Universidad y no creo que haya habido mejor prueba de ello que tener delante de nosotros a alguien que, con intensidad y humor, comentaba con nosotros creaciones de ficción, y que trataba de convencernos que una buena escritura, con propiedad y deferencia por las tradiciones de la lengua, aseguraba también una mente más aireada y apta para el raciocinio. Incluso para quienes, como nosotros, debíamos entrenarnos en el uso ascético y funcional del lenguaje propio de las ciencias, o quizá precisamente por eso, pues don Lucho creía, como dijera Juan de Mairena alguna vez, que había que evitar el cliché verbal, dado que llevaba al cliché mental y a la muerte del pensamiento en último término. Expuestos como estaríamos por el resto de nuestras vidas a manifestaciones reseca del lenguaje, bien nos haría el inculcarnos cierto amor por la belleza verbal y el argumento sorpresivo. Su presencia y amor por su tema parecía decirnos que jamás debíamos olvidar que los seres humanos somos mucho más que nuestras profesiones o aptitudes técnicas, y que el proceso de crecimiento espiritual demanda una educación equilibrada en la que todas las grandes creaciones de la humanidad tengan su respectivo lugar, hasta donde lo permitan las circunstancias. Don Lucho hizo lo suyo con la literatura, de la que nos dejó menos una lista estéril de nombres, fechas o libros que una sensación de animada completud, la alegría de dejarnos seducir por los libros, de expandir nuestro universo de la mano

de autores que podían llevarnos a las lejanas montañas del Pamir o por los vericuetos de su propia habitación. Nos dejó el convencimiento de que nuestras vidas se enriquecerían leyendo, no como una obligación, sino de manera tan natural como las plantas absorben luz y dióxido de carbono y los hombres se nutren de arroz y frijoles. Un enriquecimiento que estaba allí, al alcance de la mano, entre otras razones porque la UPCH permitió que profesores como él, o como el también fallecido y exaltado Dr. Chiappo, nos dieran clases y transmitieran su entusiasmo.

Don Lucho fue también escritor, pero siempre tuvo la elegancia de no mencionarse a sí mismo durante las clases. Más tarde topé con algunos de sus libros y su lectura me deparó la sorpresa de un escritor fino, bien asentado en la lengua, con una retórica pulida y directa, transida de humor e ironía y más inclinada al asombro eidético que a la exposición del drama existencial de la humanidad. O mejor dicho, don Luis parecía creer, con Borges, con Becket, que una parte esencial del drama humano es su capacidad de pensar y de ser libre en la imaginación y la voluntad, lo que lo hace proclive al enredo lógico, a la paradoja y hasta a la duplicidad. No conozco toda su obra, por lo que no puedo afirmar que en ella no haya madres que sufren la muerte de sus hijos, o hijos que acaban acostándose sin saberlo con sus madres y que se arrancan los ojos como castigo, pero lo que he leído me indican a un escritor que rehuye el pathos de las emociones y prefiere el pathos del asombro y los abismos del lenguaje. Quizá su actitud literaria estuvo en consonancia con aquel dictum wittgensteiniano que estima el silencio más adecuado que las palabras para aquello que, a fin de cuentas, elude su conceptualización. Pero me inclino más a pensar que su ejercicio literario quiere hacer patentes ciertos aspectos de nuestra condición que pertenecen a aquel limbo donde el lenguaje se diluye en sus límites y el pensamiento se muerde la cola, todo ello haciendo buena la vieja tesis de Johan Huizinga según la cual el hombre es, ante todo, *homo ludens*, esto es, un ser que juega, acatando ciertas reglas y rompiéndolas de cuando en cuando sólo para crear otras, en un ciclo

constante de estructuración, destrucción y renovación. Ciertamente el epíteto de lúdico puede aplicarse a sus escritos, y también a su estilo docente.

Alguna vez escribió J.M. Keynes, el economista, que los hombres prácticos, que se consideran libres de toda influencia intelectual, son usualmente esclavos de algún economista difunto. ¿De dónde procede esta nueva moda intelectual de los hombres prácticos de hoy en día que pretende hacer de las universidades sobre todo –o exclusivamente– instituciones al servicio de la industria, la burocracia o los estamentos profesionales de una sociedad? Esta no fue la idea original que impulsó su creación y es probable que no lo sea del todo jamás. Las razones históricas de este cambio de actitud son varias, pero es fácil percibir la influencia de un modo de pensamiento utilitarista que, aliado con el enorme desarrollo de la ciencia y la tecnología, ha derivado en la prevalencia de una practicidad mensurable en casi todos los ámbitos de la vida pública. Quizá no haya sólo un economista difunto detrás de este fenómeno social, sino muchos, y es probable que el espíritu de la época se haya gestado tiempo atrás, antes incluso que la invención del término utilitarista o la invención de la economía científica. De una manera u otra, empero, estamos en manos de los economistas

y los banqueros, y de las élites científicas y de expertos que asesoran a nuestros gobernantes y gentes con poder de decisión. Esto es comprensible, por supuesto, pues la sociedad moderna no sería posible sin aquella extraordinaria empresa humana que es la ciencia moderna –y su correlato tecnológico–, y sin una racionalidad práctica que haya puesto el conocimiento empírico al servicio del común de los mortales. Pero aunque parezca obvio el repetirlo, siempre ha sido necesario recordarnos a los mortales que hay mucho más bajo el sol que lo que damos por descontado, y que el espíritu sopla donde quiera. Es por ello que siempre agradeceré a profesores como don Luis León Herrera el habérmelo recordado y a la UPCH por haber hecho esto posible. Siempre estará allí delante nuestro, con su atildado ropaje, su voz en estacato, la tiza volando en la pizarra, sumergido en un mundo de palabras, siendo para nosotros lo que serían los contadores de historias desde el inicio de los tiempos, una especie de quijotesco chamán llevándonos a otros reinos donde rigen otras leyes y otros juegos, prerrogativa del espíritu y responsabilidad de quienes, como él, supieron usar la institución universitaria para continuar aquel eterno discurso intergeneracional que es condición necesaria para una sociedad hecha de seres humanos, y no sólo de profesionales. *Requiescat in pace.*